

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII. DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia y Lorea, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:
Todos los suscritores. NÚM. 533.

MURCIA 15 DE JULIO DE 1900.

La Juventud Literaria

PUNTO EN BOCA

Algunos días el cronista siente irresistibles deseos de escribir, y aunque pretenda dejar ociosa la pluma, parece que un vesánico impulso guía su mano y la obliga á caer sobre las cuartillas.

Eso me ocurre hoy. Ni el calor enervante ni la perezosa placidez de mis músculos bastan á contrarrestar esta comozón de charla que me aguija y espolea con terquedad insostenible.

La vida no es, ni mucho menos, un paraíso...

—¡Alto!—oigo que me dice una voz de fiscal, imponente y enérgica. —No se puede hablar de eso.

—¿De qué?

—Ha dicho usted *paraíso*...

—Pues había sido sin fijarme; usted dispense.

La vida no es oasis venturoso y aunque algunas veces se consiga el placer á poca costa...

—¡Le he dicho á usted que eso está prohibido!—me grita la misma voz que antes.

—Pues si ahora...

—Ahora ha dicho usted «costa».

—Tiene usted razón... Procuraré ir con mas cuidado.

Decía, querido lector, que en las horas del día se mezclan las amarguras y los placeres. Tras las tristezas de la noche vienen las alegrías del alba...

—¡Esto ya no se puede tolerar!— exclama furiosamente la misma voz de denuncia.—¿Se ha propuesto usted burlarse de mí?

—Nada de eso, señor...—dije atemorizado y confuso ante la acti-

tud amenazadora del fiscal.—Yo soy incapaz de burlarme, y mucho menos de oponer resistencia...

—¿Otra vez? ¡Que no se puede hablar de *resistencia*! ¿Lo entiende usted ahora?

—Si, señor, si; me sujetaré al criterio que usted me ha impuesto...

—¡Ni de *impuestos* tampoco!

—Está muy bien; de mi boca no saldrá una palabra.

—Eso es lo mejor.

—¿Quiere usted que la cierre?

—¿Qué habla usted de cierre, desventurado?

¡Y en esta lucha llevo más de dos horas! La mano que quiere empujar á la pluma sobre las cuartillas, y la pícaro denuncia borrando lo escrito. ¿Qué hacer?

Obsesionado por el miedo, me parece todo denunciado: en los pájaros «de vuelo raudos», crearán ver una alusión al Directorio; en la horchata de chufas, una excitación á los procedimientos enérgicos; en las aguas serenas del Cantábrico, un elogio á los fabricantes de espejos... ¡Terrible situación la mía!

Si yo me atreviese... Y ¿por qué no? Una calaverada, cualquiera la hace... Veremos si pueden denunciar esto.

Cojo otra vez la pluma y escribo: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy...»

—¡Denunciado!—dice el furibundo censor, cayendo sobre las cuartillas.—Pedir solo para hoy el pan, es lo mismo que recomendar el cierre de tahonas para mañana. No lo tolero.

¡Me lo estaba figurando!

LUIS GONZALEZ GIL.



DELIRIO

Dame la guitarra; cantaré una copla de esas que del alma el sufrimiento expresan: de esas que al cantarlas, las pasiones todas se funden en ellas.

Dame la guitarra; que al oír sus notas quizá se disipen mis penas inmensas; quizá á sus sonidos resucite mi alma para el placer muerta.

Yo quiero cantarte tal como te veo en lo nebuloso de mi borrachera; yo quiero que olvides todas mis caricias y que oigas mis penas.

Yo quiero que el labio que juró mil veces no olvidarte nunca, á jurarlo vuelva; y quiero que veas que quien te amó siempre aún no te desprecia.

¡Yo quiero cantarte!... En tropel, de alma surgen los recuerdos de cosas risueñas, como mariposas que en los troncos duermen y que el sol despierta.

Tu recuerdo grato, que no me abandona, mi cansada y triste juventud orea como errante brisa que del campo viene de perfumes llena,

Hoy veo tus labios mucho más hermosos que cuando promesas de amores me hicieran, hoy veo tus ojos más negros que entonces... ¡hoy te hallo más bella!.

¡Dame la guitarra!... Mi loca alegría de salvaje espasmo en risas se trueca... ¡Hoy olvido todos los errores tuyos, todas tus promesas!

Hoy me acuerdo sólo de aquellas caricias que me prodigabas amorosa y tierna, ¡y de aquel cariño de vibrantes ansias y de amantes penas!...

SANTIAGO A NARRO.



SOLITA

I
Cuando estabas solita, solita... solita en tu casa, sin que nadie rondara tu puerta, sin que nadie tu calle rondara, tu madre, la pobre, ¡me daba una lástima! Con tus aires de reina sin trono, con tu aspecto de Virgen sin ara, evocando grandezas de Corte, y sintiendo de altares nostalgia, de angustia indecible, de dolor se partía mi alma al mirarte tan triste y tan sola y tan olvidada, allá, en lo más hondo del más frío rincón de tu casa, mientras que, callando, cosas... cosas... mientras que, cosiendo, callabas calla- (bas...

II
Pasaban las otras vestidas de gala, con sus trajes de baile blanquíssimos, con sus trenzas, de flores cuajadas, con sus novios al lado, mintiéndolas, con sus padres detrás admirándolas, dichosas, felices, mirando á tu casa con algo de goce, de ver que ellas iban y tú te quedabas.

Yo te vi... yo te vi dolorida tras de la ventana, recogiendo los blancos visillos con tus manos pequeñas y blancas, espiar al alegre cortejo que en las calles, de sol se embriagaba, y miró por tu cara bonita resbalar, poco á poco, las lágrimas. ...¡Pobrecilla! ¡Qué vida más negra! Siempre, siempre metida en tu casa, acordándote acaso de muchos ¡sin que nadie de ti se acordara! Nadie, nadie tus penas veía; ¡sólo á mi me llegaban al alma! Nadie quiso acercarse á tu reja; ¡sólo yo con tu reja soñaba!

III
Al llegar yo á tu lado tenías de amores tal ansia, que, en el trance feliz de una noche, me rendiste la vida y el alma. Yo llevé hasta tu casa desierta aire, y luz, y calor, y esperanzas y entró el sol conmigo hasta el frío rincón de tu casa. Por mí las que un día por tu puerta, orgullosas, pasaban vinieron alegres

